

Homilía para la solemnidad del Corpus Christi

Queridos hermanos:

Hoy la Iglesia se llena de alegría para celebrar el gran don de la Eucaristía. En esta solemnidad del Corpus Christi contemplamos con asombro y gratitud el misterio de un Dios que no se conformó con hablarnos por medio de los profetas, ni siquiera con habitar entre nosotros durante unos años, sino que quiso permanecer para siempre en medio de su pueblo bajo las humildes apariencias del pan y del vino.

La Eucaristía es el testamento de amor de Cristo. En la Última Cena, sabiendo que había llegado su hora, Jesús tomó el pan y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros». No dijo: "Esto representa mi cuerpo", sino: "Esto es mi cuerpo". Su amor llegó hasta el extremo. Quiso quedarse para alimentar nuestra fe, fortalecer nuestra esperanza y encender nuestra caridad.

Ya en el siglo II, san Justino mártir describía la fe de los cristianos en la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Escribía en su *Primera Apología*: «Este alimento se llama entre nosotros Eucaristía... porque no lo tomamos como pan común ni bebida común, sino como la carne y la sangre de Jesús encarnado». Qué admirable comprobar que la misma fe que hoy profesamos era ya la fe de la Iglesia naciente. Durante veinte siglos, innumerables generaciones de cristianos han encontrado en la Eucaristía la fuerza para vivir, sufrir y amar.

San Agustín, por su parte, contemplaba otra dimensión maravillosa de este sacramento. Dirigiéndose a los fieles decía: «Si vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros, vuestro misterio está puesto sobre la mesa del Señor; recibís vuestro propio misterio». Al comulgar no solo recibimos a Cristo; somos incorporados más profundamente a Él y nos convertimos en aquello que recibimos. La Eucaristía construye la Iglesia. Nos hace hermanos. Derriba muros de división y nos invita a vivir en comunión.

Por eso no puede haber verdadera devoción eucarística sin amor al prójimo. Resultaría contradictorio adorar a Cristo presente en el altar y despreciarlo después en el pobre, en el enfermo, en el anciano o en quien sufre. La procesión del Corpus que recorre nuestras calles es una proclamación pública de fe, pero también una llamada a llevar la presencia de Cristo a todos los ambientes de la vida humana.

Entre los santos que más amaron la Eucaristía destaca san Francisco de Asís. En una de sus exhortaciones escribía: «Nada vemos corporalmente en este mundo del mismo Altísimo

sino su santísimo cuerpo y su santísima sangre». Francisco se maravillaba ante la humildad de Dios. El Señor que creó el universo se hace pequeño y cercano en el sacramento del altar. El mismo Cristo glorioso se pone en nuestras manos y entra en nuestro corazón.

La fiesta de hoy nos invita a recuperar el asombro. Corremos el riesgo de acostumbrarnos a lo extraordinario. Entramos en una iglesia y allí está el Señor; participamos en la Misa y el milagro se realiza de nuevo; nos acercamos a comulgar y recibimos al Rey del universo. Sin embargo, tantas veces lo hacemos de manera rutinaria. El Corpus Christi nos llama a redescubrir la grandeza del don recibido.

Pidamos al Señor que aumente nuestra fe eucarística. Que sepamos adorarlo con corazón agradecido. Que cada comunión transforme nuestra vida. Que nuestras comunidades sean más fraternas porque se alimentan del mismo Pan. Y que, como san Justino, profesemos con valentía nuestra fe; como san Agustín, vivamos la unidad del Cuerpo de Cristo; y como san Francisco de Asís, nos maravillemos siempre ante la humildad de Dios presente en la Eucaristía.

Que María, mujer eucarística, nos enseñe a acoger a Cristo con el mismo amor con que lo llevó en su seno y a ofrecerlo al mundo con alegría.

Amén.